

Con el doctor Súnier desaparece un ilustre representante de aquel grupo de hombres que, como los Serratos, los Cuenca, los Arechavaleta, y tantos otros, fueron en nuestro ambiente el prototipo de la vieja hidalguía española.

Generosidad, nobleza de carácter y espíritu de bondadosa tolerancia, fueron las principales características de su personalidad. Parecía que su divisa fuera la del insigne Guyau: "amar para comprender, comprender para perdonar".

Por esto, porque en el curso de su vida supo amar y perdonar todo lo que fué amable, comprensible y perdonable, es por lo que desaparece rodeado del respeto y del cariño de todos. Desaparece dejando un nombre querido y venerado y un ejemplo estimulante de virtudes generosas que imitar.

Fué un hombre que tuvo ideales. En su juventud se sacrificó por sus ideales ciudadanos; después lo hizo por sus ideales patrióticos y humanitarios.

Fué de los pocos que por pensar en los demás se olvidan, muchas veces, de sí mismos; es decir, que fué un altruista verdadero. Después de largos años de penosa y perseverante labor, baja a la tumba sin dejar bienes de fortuna.

Ha sido una figura de intenso relieve personal en nuestro medio social. A él consagró sus mejores energías: no en balde nuestra sociedad lo ha apreciado y considerado como cosa propia: como uno de los nuestros.

Un médico todo nobleza, un gran patriota, un hombre todo corazón, un alma altruista y generosa: eso, y mucho más, fué el doctor Súnier y Capdevila.

Por todo ello, y recordando especialmente que fué profesor y primer Decano de la Facultad de Medicina, es que en nombre del H. Consejo que hoy rige los destinos de la misma—y permítaseme que lo haga también en el de los de mi sangre que fueron su contrerriños, y en el mío propio,—cumpla con el penoso deber de dar el postrer adiós al ilustre varón que fué el doctor Súnier y Capdevila, y de transmitir desde aquí a sus queridos deudos las manifestaciones de las más hondas y sentidas condolencias.

Discurso del doctor Quintela

Señores:

El "Club Médico" me ha confiado la para mí difícil tarea de dar en su nombre, el adiós postrero al querido maes-

tro doctor Súnier y Capdevila. La he aceptado sin vacilaciones, porque si mi palabra es pobre y fría, es, en cambio, muy intenso el sentimiento, es muy hondo el pesar que me ocasiona la desaparición de aquel noble caballero, a quien desde joven aprendí a respetar y a admirar como se admira y respeta a los hombres superiores.

Baja a la tumba el patriarca de nuestros médicos, el caballero sin tacha y sin dobleces que, durante casi medio siglo ha guiado a la juventud médica de nuestro país, por el sendero del bien, predicando con la palabra y con el ejemplo, enseñándonos el camino de la cultura, de la caballería, del desinterés, de la honradez en toda la extensión de la palabra, del amor por todo lo que es digno, por todo lo que es noble. Estas no son palabras pronunciadas por puro acto de cortesía, como se hace frecuentemente en análogas ceremonias, son la expresión sincera de la verdad; no dudo de que hablando así interpreto fielmente el pensamiento de todos los que nos congregamos alrededor de esta tumba que desde hoy guardará los restos queridos del venerado anciano que ayer, enfermo aún, abandonaba el lecho para honrar con elocuente y sana palabra, la memoria de aquel otro caballero, el doctor Baldomero Cuenca, que a la par de él brilló siempre en el cielo de nuestra patria como estrella de primera magnitud, que como él iluminó nuestro camino con luz pura y brillante como la de una hermosa mañana de primavera.

El doctor Súnier y Capdevila pertenecía a aquella generación de patriotas españoles, que después de la caída de la República, abandonaba su Patria buscando en otros horizontes la libertad que allí les faltó. Hombre altruista, nacido para hacer el bien, no pudo permanecer indiferente a la suerte de la que fué patria de sus hijos, participando de nuestras amarguras y regocijos como si fuera uno de los nuestros.

Desde joven se vinculó estrechamente al país, cabiéndole el honor de ser el primer Decano de nuestra incipiente Facultad de Medicina y su primer profesor de la Cátedra de Fisiología, que obtuvo por concurso en el año 1875.

El doctor Súnier, con los doctores Serratos, Jurkowski, Leopold, Alvarez y Pérez, Kemmerich, Crispo Brandis, González Vizcaíno, fueron, si no los fundadores, los iniciadores de nuestra Facultad; jóvenes, enseñaron durante muchos años con entusiasmo siempre, con una clara visión del porvenir, evitando con su actuación, que el descreimiento, el

pesimismo de nuestros primeros y más ilustrados médicos compatriotas, anulara la obra de los fundadores de la Facultad. Ya viejos y alejados de la enseñanza, los hemos visto acompañar todos los progresos que aquella Institución ha realizado, con entusiasmos juveniles, con la emoción que conmueve a los padres cuando asisten al triunfo de sus hijos.

¡Cómo, pues, no sentirnos heridos en lo más íntimo de nuestro ser los hijos intelectuales de tan esforzados varones, cuando debemos darles el adiós de la eterna despedida!

Señores: En nombre del Cuerpo Médico del Uruguay, que me honro en representar, deposito una siempreviva sobre la tumba del más querido de sus hijos.

Nota de pésame del Consejo Nacional de Higiene

Montevideo, 23 de agosto de 1916.

Señora Rosalía Vilamajó de Súñer.

El Consejo Nacional de Higiene ha querido asociarse al sentido homenaje tributado a la memoria de su dignísimo esposo el doctor Francisco Súñer y Capdevila, confiándome la misión de significárselo en la presente nota.

Nuestro insigne colega el doctor Súñer, por sus valiosos servicios prestados a la Facultad de Medicina de Montevideo, de la que fué su primer Decano y primer Profesor de Fisiología, por sus relevantes condiciones intelectuales y nobilísimos sentimientos, gozaba a justo título, en el seno de nuestra sociedad, de las mismas consideraciones elevadas que han sabido merecer en todo tiempo, nuestros más caracterizados médicos nacionales.

Cúmpleme, pues, presentar a usted el testimonio de nuestra más sincera condolencia por la irreparable pérdida que affige hoy a su virtuoso hogar, y suplicarle quiera aceptar las expresiones de mi más respetuosa consideración.

ALFREDO VIDAL Y FUENTES,
Presidente.

José Mainginou,
Secretario.

✦ Doctor Isídoro Rodríguez

Víctima de un accidente desgraciado, falleció en esta Capital, el día 7 del corriente, nuestro distinguido compatriota, el doctor Isídoro Rodríguez.



Este ilustrado colega había cursado sus estudios médicos en París, destacándose allí, entre sus compañeros, por sus condiciones intelectuales y su dedicación al estudio; en su paso por las clínicas más afamadas, conquistóse también el aprecio de sus maestros.

Terminada su carrera regresó a nuestro país, y luego de revalidado su título en nuestra Facultad, radicóse en el Carmelo (Departamento de Colonia), su pueblo natal, y allí precisamente, es donde el doctor Rodríguez pone a contribución todo su caudal de ciencia y de observaciones clínicas, todos sus grandes afectos y energías al servicio de su noble

apostolado. Y un año tras otro, este profesional infatigable, inteligente y caritativo, permanece durante dos décadas atendiendo solícito a los que por millares recurren a él buscando confiadamente la curación o el alivio de sus dolencias; pobres y ricos, niños y ancianos, el pueblo entero se siente intensamente vinculado por la gratitud a quien, como el doctor Rodríguez, sólo guían en el cumplimiento de sus tareas profesionales su inextinguible amor a la ciencia, su deseo infinito de hacer el bien...

Y cuando suena la hora trágica de la iniciación de la actual contienda europea, el doctor Rodríguez, impulsado por su amor a la Francia, sin la menor vacilación, abandona sus lares y va a ofrecer su desinteresado concurso al Gobierno de aquella República, su segunda patria.

Y son tan relevantes sus méritos y servicios prestados, que aquel Gobierno le acuerda un título honroso: lo nombra Cirujano Mayor del Hospital Militar de Pan.

A punto de terminar una licencia que le había sido concedida para atender asuntos que reclamaban necesariamente su presencia entre nosotros, había ya tomado todas sus disposiciones con el propósito de embarcarse brevemente, para ocupar de nuevo su puesto en el Hospital antes indicado.

Desgraciadamente, en pocas horas, vió derrumbarse sus proyectos generosos, y con una admirable entereza de espíritu vió también aproximarse la hora suprema de la muerte..., momentos antes brotaba de sus labios un saludo gentil a la Francia.

La Dirección de esta Revista comparte sentidamente las manifestaciones de general condolencia provocadas por la pérdida de tan digno y respetado colega.

J. ETCHEPARE.

† Farmacéutico Antonio Cuneo

El día 1.º de agosto corriente, falleció repentinamente este distinguido colega, quien desde el año 1885 en que recibió el título de Farmacéutico, ejerció su profesión con altura y altruismo; habiendo estado al frente de la Farmacia Arechavaleta, desde 1888, donde deja una honrosa huella de su labor, señalándose como digno sucesor en el puesto que ocupara nuestro ilustre maestro Arechavaleta.

Su honrosísima actuación personal y su carácter bondadoso, le habían hecho acreedor a generales simpatías.

Sus colegas le llevaron repetidas veces a ocupar los primeros puestos en sus filas, en mérito a su actuación, en pro del prestigio profesional.



Su pérdida brusca, causó hondo sentimiento de dolor en el seno de sus amistades, las que en numeroso cortejo concurrieron a su sepelio.

Expresamos a sus deudos nuestro más sentido pésame por tan sensible e irreparable pérdida.

E. TOBLER.
